

# La profesora que hacía faltas de **h**ortografía

CUCA CANALS

Ilustraciones de José Castro





**La profesora que hacía  
faltas de h ortografía**

Cuca Canals

# La profesora que hacía faltas de h ortografía



**edebé**

© Cuca Canals, 2014

© Ilustraciones de José Castro, 2014

© Edición: EDEBÉ, 2014

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

ww.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebe.net

*Dirección de Publicaciones:* Reina Duarte

*Diseño de colección:* César Farré

1ª edición, marzo 2014

ISBN: 978-84-683-1229-3

Depósito Legal: B. 494-2014

Impreso en España

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*A los profesores que, por encima de  
todo, nos enseñan la vida.*

*A mi ijo Vruno.*

## AGRADECIMIENTOS

A Gina Palomar, que se ofreció a leer la novela. Me interesaba mucho su punto de vista como educadora. Sus comentarios fueron muy enriquecedores. Gracias, Gina, por toda tu ayuda y entusiasmo. Ha sido un placer colaborar contigo.

A Bruno Canals Castro, por prestarme su nombre para uno de los personajes.

## Capítulo uno

**L**a profesora Amalia Zapatero empezó su nueva vida en Gastón con mal pie. Al bajar del autocar estuvo a punto de tropezar en uno de los escalones. Afortunadamente para ella, un joven pasajero la sujetó a tiempo e impidió que se desplomara.

Últimamente, perdía el equilibrio, sobre todo cuando se tenía que enfrentar a desniveles. Su salud, desde que sufriera un principio de infarto dos años atrás, se había deteriorado. A sus cincuenta y ocho años recién cumplidos se cansaba al más mínimo esfuerzo. Le dolían las piernas y se le hinchaban los pies.

Se dirigió a la Plaza Mayor. Ahí estaba, según le habían indicado, la pensión que el colegio había reservado para ella.

Gastón era un recóndito pueblo situado al sur del país. Para llegar hasta él había que atravesar la sierra de la Estrella. La carretera era estrecha, estaba inundada de agujeros y no había forma de que la arreglaran. Por ese motivo apenas recibía visitantes a pesar de su magnífico entorno natural, interminables campos de trigo que se encontraban a las afueras del pueblo. Al llegar el verano, el amarillo se adueñaba de esos terrenos. Cuando el sol brillaba con toda su intensidad, el amarillo se tornaba tan intenso que los campos parecían de oro.

Debido a su aislamiento, Gastón parecía haberse detenido en el tiempo. Ni siquiera podían acceder a Internet. La sierra de la Estrella era como una pared infranqueable. Llevaban años esperando que colocaran una antena que nunca llegaba. Las casas del



pueblo eran antiguas, de una o dos plantas, muchas deterioradas; las calles, estrechas; los escaparates de las pocas tiendas eran decadentes, tristes, oscuros.

Gastón era conocido únicamente por el pan artesanal que ahí se elaboraba. Estaba aromatizado con hierbas y todos coincidían en su sabor único e inconfundible, también por la calidad de la harina, según se decía, la mejor del mundo. El pan de Gastón, también llamado Pan Blanco, se vendía a todo el país y, desde hacía unos años, casi todos sus habitantes trabajaban en las tres fábricas que se dedicaban a elaborarlo. Era la única industria importante de la zona. Por culpa de la crisis que azotaba al país, las pocas que quedaban en el pueblo habían cerrado en la última década.

Cojeando levemente, todavía con la piedad dolorida, Amalia Zapatero llegó a la pensión París, un angosto edificio de tres pisos. Era fácil deducir que antaño había estado

pintado de color rojo; ahora apenas sobrevivía un tenue color rosado. Un mástil con una bandera francesa totalmente deslavada adornaba la fachada.

La puerta principal chirrió escandalosamente al ser abierta por Amalia, quien entró muy poco convencida en su diminuto vestíbulo. Sus peores presagios se cumplieron. El techo estaba repleto de humedades, la lámpara de araña tenía la mitad de sus bombillas fundidas. Subió resignada por las escaleras. No se podía permitir un alojamiento más caro.

Se instaló en un cuarto enmoquetado con olor a rancio del primer piso. Dejó su maleta sobre la cama y miró a su alrededor deprimida. En el armario no había una sola percha, el papel de las paredes se estaba cayendo a jirones y a una de las mesillas de noche le faltaba un cajón. El baño no se encontraba en mejores condiciones. Algunas baldosas habían sido arrancadas y la tapa del váter estaba rota.

Se asomó a la ventana que daba a la calle. Dos ancianos estaban sentados en el pequeño jardín situado en el centro de la Plaza Mayor. Parecían dormidos, como anestesiados por el intenso sol que se estrellaba en sus rostros.

Se secó la frente sudorosa. Lo peor de aquel lugar era el calor insoportable. Desde que había sufrido el ataque al corazón, sufría más con las altas temperaturas.

De la maleta, extrajo una pequeña postal enmarcada de los fiordos noruegos que colocó en la mesilla de noche. Observó ese paisaje con una sonrisa. Esa fotografía la acompañaba a todas partes. Se podía pasar horas y horas contemplando ese bosque de abetos tan exuberantes, todos cubiertos de nieve. Su sueño, desde que tenía uso de razón, era visitar un lugar como aquel, nevado, blanco, donde pudiera sentir el aire helado en su piel. Negó con la cabeza, mientras se secaba de nuevo el sudor. Después sacó de

su bolso un sobre con 1.500 reales, el dinero que ya había ahorrado para hacer ese viaje. Se inclinó para esconderlo debajo del colchón. Al incorporarse, sintió de nuevo un dolor agudo en la pierna.

Solo llevaba una hora en Gastón y ya detestaba estar ahí. Pero no había tenido otra alternativa. O aceptaba su nuevo puesto en la escuela Fernando Passo de Gastón o tenía que jubilarse. Del último colegio donde había dado clases había sido despedida por sus continuas faltas por enfermedad. Las mejores escuelas del país no querían contratarla; consideraban que ya era demasiado mayor para impartir clases.

Jubilarse, una palabra que detestaba. Es cierto que ya estaba cercana a los sesenta años y que su salud era frágil como el cristal, pero todavía se sentía con fuerzas para enseñar. Y, además, qué sería de ella si dejase de trabajar. Sus padres habían muerto hacía muchos años, no tenía hermanos y era sol-

tera. Solo contaba con unos pocos amigos esparcidos por todo el país a los que apenas veía.

En una ocasión estuvo a punto de contraer matrimonio pero su prometido le exigió que dejara de trabajar. Ella se negó; quería ser esposa pero también profesora. Rompieron poco antes de la boda. Desde entonces, nunca más volvió a tener novio.

Así, su única familia eran todos esos alumnos que había tenido durante casi cuarenta años de enseñanza. Pocos años atrás podía recordar sus nombres y apellidos. Pero últimamente, su memoria ya no era la misma. Por suerte, había escrito todos esos nombres en una pequeña libreta que siempre llevaba consigo. La abría y recordaba con nostalgia a sus exalumnos: Matías Pradera, tan inteligente como hablador. Fernando Movido, que, al igual que su apellido, no paraba quieto un segundo. O Carlota Jiranda, más conocida como «Carlota Jirafa» por lo alta que era.